

TOLERANCIA E INTOLERANCIA

Por P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS
Catedrático en la Complutense de Madrid.

1 En una mesa redonda celebrada hace algún tiempo en Madrid, destacué la necesidad de descubrir el ideal auténtico de nuestra vida y optar decididamente por él en todas nuestras elecciones. Uno de mis colegas levantó la voz para advertirme, con no disimulada acritud, que perseguir en la vida "grandes ideales" trae consecuencias devastadoras para la sociedad, como quedó de manifiesto en los atroces "doce años" del Nacionalsocialismo alemán. Intenté hacerle ver que "la corrupción de lo óptimo es lo peor que hay", como decían los romanos, y un ideal equivocado puede provocar hecatombes, ciertamente, pero ello no nos autoriza en modo alguno a dejar de orientar la vida hacia el valor más alto. Fue en vano. Se irritó todavía más porque entendía el vocablo "ideal" de forma borrosa, ensoñadora, a modo de meta utópica que uno desea conseguir de forma exaltada e irracional.

Este explosivo colega ¿mostró una actitud tolerante? Si fuera de verdad tolerante, se hubiera detenido un momento a pensar si su concepto de ideal no era demasiado restringido para poder coordinarse con el mío.

La angostura y la pobreza de nuestros conceptos nos impiden a menudo ser flexibles en el diálogo y comprensivos con el parecer de los demás.

Figúrate que, para ti, libertad significa poder optar en cada momento por cualquiera de las posibilidades que se te ofrecen; y yo, en cambio, estimo que esta forma de libertad es sólo una condición para ser verdaderamente libre, pues **la auténtica libertad consiste en ser capaz de distanciarse de los propios intereses y optar en virtud, no de las propias apetencias, sino del deseo de realizar en la vida el ideal auténtico de nuestro ser de personas.**

Esta opinión mía contradice la tuya. Si no te esfuerzas en descubrir lo que pueda tener de razonable mi posición y te limitas a sostener la tuya con creciente firmeza, y a decir tal vez que yo opino de esa forma por influencias de tipo religioso, más bien arcaicas y opuestas a la forma moderna de pensar, ¿eres una persona tolerante?

Antes de responder, compara tu reacción con la de otra persona que, en una situación afín, me pide que le explique la razón por la que vinculo tan estrechamente la libertad y el ideal. Esta persona, en principio, cree estar en lo cierto, pero, ante mi oposición, no se cierra en sus convicciones; se abre a la posibilidad de que yo tenga razón, al menos en parte, y desea mejorar sus conocimientos merced a los míos. Es posible que mi explicación no le convenza y siga fiel a su posición. Aún suponiendo que él esté equivocado, ¿podríamos calificarlo de intolerante? De ningún modo, pues su fidelidad no equivale a terquedad, a voluntad de aferrarse a una idea sin dar razón de ella y sin querer tomar partido frente a otras. Él escucha otras opiniones, pero sigue pensando que estas no superan a la suya en acercamiento a la verdad. Es tolerante.

Con frecuencia, en los debates públicos hay quienes acusan de intolerantes a quienes consideran injustificables sus ideas o actitudes. "Tú eres dueño de sostener las ideas que deseas, pero no intentes imponerlas a los demás". "La Iglesia católica puede pensar en su fuero interno que la práctica del aborto es injusta. Nadie la obliga a cambiar de opinión y de actitud. Pero es una demasía por su parte pretender convertir en exigencia pública lo que es una mera convicción o creencia privada". Frases de este tipo son dichas a menudo como algo consabido e incuestionable. A todo el que muestra entusiasmo en la defensa de una convicción se le reprocha que pretenda imponerla a otros, de forma intolerante.

2 ¿De verdad esa defensa entusiasta y fundamentada de una idea es una imposición? Obviamente, no. Sentir entusiasmo por algo significa que uno se ve muy enriquecido por ello y desea conservarlo como una fuente de plenitud y felicidad. Defenderlo no significa imponerlo, sino querer vivirlo y compartirlo con otras personas. Ese deseo no tiene carácter coactivo, sino participativo. Un valor no se impone nunca; atrae. El que participa de algo valioso tiende, por ley natural, a sugerir a otros que se acerquen al área de imantación de tal valor. El resto lo hace el valor mismo, que acaba atrayéndolos si tienen la sensibilidad adecuada.

El que se entusiasma con algo que juzga valioso y lo defiende tenazmente está dispuesto sin duda a cambiar de opinión si alguien le convence con razones de que se trata de una ilusión falsa. Entusiasmarse no equivale a exaltarse. Si pienso que la vida humana merece un respeto incondicional, de forma que cualquier problema que sea suscitado por la vida naciente ha de ser resuelto sin poner en juego dicha vida, y manifiesto esa convicción en privado o en público, no soy intolerante con quienes opinen de otro modo. Convénceme de que, ante cualquier problema o dificultad que cause un embarazo, es lícito anular el proceso vital que está en marcha, y puedes estar seguro de que defenderé en adelante tu posición con el mismo vigor con que antes defendía la mía.



Charles Chaplin (1889-1977).

Después de encarnar los papeles antagónicos de un judío perseguido y de "el gran dictador" (1940), el genial cineasta acaba convirtiendo a este, merced al espíritu de aquel, en el portavoz de un mensaje -muy hebreo en el fondo- de esperanza.

Es posible que, al argumentar yo de esta manera, me digas que mi decisión de mantener mi postura antiabortista hace imposible el entendimiento con quienes reclaman una libertad absoluta de decisión para las mujeres, y ese enfrentamiento imposibilita la paz social. Me pides, en consecuencia, que sea "tolerante" con una ley permisiva del aborto en ciertos casos y en determinadas fases del desarrollo del feto.

Contéstame a esta pregunta: ¿Sería yo tolerante si no expresara mi opinión?

La tolerancia se reduciría, en tal caso, a una blanda permisividad, carente de vigor personal. Pero ¿es tolerable semejante empobrecimiento del término tolerancia? Evidentemente no, pues está inspirado en una actitud reduccionista que nos empobrece a todos.

Tal vez rearguyas diciendo que debemos aceptar a los demás, no tomar nuestra opinión como la única válida, respetar el pluralismo de ideas y posiciones, contentarnos con el cumplimiento de unos "mínimos éticos" que hagan posible una convivencia sin grandes traumas. Esta propuesta tuya la acepto en buena medida, pero, si la estudiamos a fondo, descubriremos que exige mucho más de lo que suele pensarse, de modo que unos "mínimos éticos" no son suficientes para garantizar una verdadera tolerancia.

3 **La tolerancia auténtica se da en el encuentro.** Una vez comprendido por dentro lo que es el encuentro y el papel que juegan los valores y la creatividad en el proceso de desarrollo de la personalidad humana, queda patente el sentido de la actitud tolerante.

La tolerancia verdadera implica una forma de encuentro. No significa sólo aguantarse mutuamente para garantizar un mínimo de convivencia. Va más allá: intenta captar los valores positivos de la persona tolerada a fin de enriquecerse mutuamente.

Esta forma de entender la tolerancia sólo es posible si se ha cultivado el arte de jerarquizar debidamente los valores. Cuando se considera que el encuentro presenta un valor altísimo porque permite al hombre alcanzar el ideal de la unidad, se está en disposición de entrar en diálogo con personas o grupos que sostienen ideas y conductas distintas, incluso extrañas a las de uno. El valor supremo, el que decide nuestra conducta, no viene

dado en este caso por el carácter confiado de lo que nos es próximo y afín, sino por la capacidad de crear auténticas formas de encuentro y buscar la verdad en común.

Esta búsqueda y ese encuentro no exigen únicamente tolerarse, en sentido de aguantarse; piden respeto, entendido positivamente como estima, aprecio del valor básico del otro, en cuanto persona, y de los valores que pueda albergar.

Esa estima se traduce en colaboración, oferta de posibilidades en orden a un mayor desarrollo de la personalidad.

Esta forma de tolerancia activa está años luz por encima de la mera indiferencia. **La tolerancia inspirada en el escepticismo respecto a los valores se reduce a mero aguante.** No tiene capacidad positiva de asumir las diferencias en atención precisamente a los valores de cada uno. Es una actitud interesada, porque responde al afán pacato de hacer posible al menos un grado mínimo de convivencia.

El auténtico tolerante no es un espíritu blando que se pliega ante cualquier idea o conducta porque en el fondo no se compromete de verdad con ninguna. Es una persona que se halla entusiasmada con ciertos principios, orientaciones e ideales y los defiende con vigor. Sabe que la vida es un certamen y compite con fuerza, pero acepta gustosamente al adversario y se esfuerza por verlo en toda su gama de implicaciones y matices. Esta forma amplia de ver cada realidad como una trama de aspectos y relaciones está en la base de la auténtica tolerancia.

Lo contrario de este modo de ver comprensivo y respetuoso viene dado por la tendencia reduccionista, que reduce a las personas y los grupos a alguna cualidad poco relevante o incluso a veces aversiva. Tal envilecimiento es el presupuesto para el ataque. Se dice que los boxeadores, antes del combate, no quieren oír nada relativo a la vida personal de su contrincante. Es comprensible, ya que para atacar se necesita reducir al otro a mero adversario, a piedra que se interpone en el camino del triunfo. Si consideras a una persona como un nudo de relaciones y la ves como fuente de iniciativas, proyectos y deseos, sentirás estima por la riqueza que encierra y no tendrás ánimo para agredirla.

De aquí se deduce que el cultivo del "pensamiento débil" -falta de hondura y la debida fundamentación-, la aceptación del "relativismo cultural" -que rehuye los compromisos firmes por pensar que todo punto de vista es igualmente válido-, el fomento del escepticismo -que niega la posibilidad de alcanzar la verdad- y la exaltación del subjetivismo -que recluye al hombre en su soledad- no ponen las bases de una mayor tolerancia; al contrario, fomentan la intolerancia y el dogmatismo. Sólo cuando reconozco, con Gabriel Marcel, que "lo más profundo que hay en mí no procede de mí", y me esfuerzo por clarificar la verdad de cuanto me rodea y la mía propia, supero el ansia de dominar que inspira las diversas formas de opresión dictatorial.

Es sumamente peligroso para toda sociedad carecer de convicciones sólidas por falta de capacidad para ahondar en la realidad o de voluntad para hacerlo debido a ciertos prejuicios antimetafísicos o -como se dice hoy enfáticamente- "posmodernos". La única garantía de libertad interior para hombres y pueblos viene dada por la decisión de atenerse a la realidad que nos sostiene a todos. El estudio profundo de tal realidad y de nuestras relaciones con ella se denomina Metafísica. Renunciar a la Metafísica significa alejarnos de nuestras raíces y quedar desvalidos ante el poder del más fuerte. Con sólo conocer los recursos tácticos de la manipulación, cualquier dirigente podrá dominar a la sociedad sin que esta se aperciba de ello. Los castillos de bellas palabras acerca de la solidaridad y la tolerancia edificados por los partidarios de una vida intelectual "débil" se vendrán abajo con un simple golpe de astucia por parte de los prestidigitadores de conceptos.

La actitud de tolerancia y solidaridad sólo puede ser estable cuando conocemos las exigencias de nuestra realidad personal y estamos decididos a cumplirlas. En esta línea se mueve el dirigente político y pensador V. Havel cuando escribe: "No debería existir un abismo entre la política y la ética". "La tolerancia empieza a ser

Sólo cuando reconozco, con Gabriel Marcel, que "lo más profundo que hay en mí no procede de mí", y me esfuerzo por clarificar la verdad de cuanto me rodea y la mía propia, supero el ansia de dominar que inspira las diversas formas de opresión dictatorial.

una debilidad cuando el hombre comienza a tolerar el mal".

De todo lo antedicho se desprende que no puede hacerse la ilusión de ser tolerante una sociedad que descuida la educación de las gentes en la creatividad y los valores. Este tipo de formación exige el previo cultivo de las tres cualidades básicas de la inteligencia: largo alcance, amplitud y profundidad. Bien entendida, la actitud de tolerancia implica madurez espiritual, y esta no se logra con el mero exigir unos "mínimos de convivencia".

4 El antónimo de la tolerancia es la manipulación. A este concepto de tolerancia, como voluntad de buscar la verdad en común, se opone la manipulación, que tiende a cegar en las personas la capacidad de pensar por propia cuenta. La tolerancia es constructiva, porque promueve el poder de iniciativa de los demás en cuanto a pensar y decidir. La manipulación es destructiva porque juega con los conceptos y las palabras, lo tergiversa todo, siembra el desconcierto en las gentes y las priva de libertad interior.

Si queremos fomentar la actitud de tolerancia, hemos de enfrentarnos al fenómeno de la manipulación. Para ello debemos determinar con precisión qué es manipular, quién manipula, para qué lo hace y cómo lo lleva a cabo. Aclarados estos puntos, se impone preguntar si existe un antídoto contra la manipulación, pues sólo en caso positivo tenemos posibilidad de ser verdaderamente libres. Como veremos más ampliamente, el antídoto consiste en tomar tres medidas, que culminan en un cambio de actitud ante la vida y, por tanto, en un cambio de ideal. El ideal del dominio y la posesión debe ser sustituido por el ideal del servicio.

En un contexto distinto al filosófico, una persona dotada de poderosa intuición, Charles Chaplin, subraya la necesidad de superar la práctica ambiciosa de la manipulación mediante la adopción de una actitud tolerante. Después de encarnar los papeles antagónicos de un judío perseguido y de "el gran dictador", el genial cineasta acaba convirtiendo a este, merced al espíritu de aquel, en el portavoz de un mensaje -muy hebreo en el fondo- de esperanza. No habla desde el rencor producido por los trágicos sucesos de "los doce años". Se expresa desde ese lugar secreto donde habita lo mejor del ser humano, la capacidad de perdón, la preocupación por abrir a todos los pueblos vías de dignidad y felicidad. "... No pretendo gobernar ni conquistar a nadie -proclamó-. Me gustaría ayudar -si fuera posible- a judíos y gentiles, negros y blancos". No reclama venganza contra los culpables del horror de los campos de exterminio. Pide unidad, unión en la lucha por "un mundo mejor en que los hombres estarán por encima de la codicia, del odio y de la brutalidad". Para ello debemos dar elevación al espíritu, situarnos en un nivel superior de pensamiento y de conducta. Por eso pide el autor a la joven Hahnah que mire hacia arriba, hacia el cielo...

Se ha introducido en este capítulo un concepto nuevo, el de "ámbito" o "superespacio". Era necesario hacerlo, porque en la vida humana juegan un papel decisivo una multitud de realidades que no son ni objetos ni personas, y debemos designarlas con un nombre adecuado a su modo de ser. Un piano, como mueble, es un objeto porque puede ser medido, pesado, asido, situado en un lugar o en otro. Pero, como instrumento, ¿qué modo de realidad presenta? Es más que un mero objeto, pues ofrece la posibilidad de producir sonidos a quien sepa tocarlo y puede recibir la posibilidad de crear formas musicales que el pianista le ofrezca; no está, por tanto, cerrado en sí mismo, sino abierto a otras realidades. En esto se parece a los "sujetos" o personas, pero no alcanza el rango de estas. Se halla como a medio camino entre los objetos y los sujetos, mas no tiene sentido caracterizarlo como un "cuasi-sujeto" o un "cuasi-objeto", como a veces se ha hecho. Hay que darle un nombre propio y esforzarse en precisar exactamente su modo de ser.

Por no ser delimitable, como son los objetos, el concepto de "ámbito" es inevitablemente ambiguo, difuso, escurridizo, difícilmente apresable. Ello no significa, sin embargo, que sea incognoscible. Podemos conocerlo si tenemos la flexibilidad de mente necesaria para pensar de modo relacional, es decir, considerar al mismo tiempo dos o más realidades -o aspectos de una misma realidad- y captar la importancia de la relación que media entre ellas.

Este carácter relacional resalta en los cuatro tipos de "ámbitos" que señalo a continuación:

1. Una realidad que tiene condición de objeto -por ser delimitable, asible, pesable, situable en un lugar determinado del espacio...-, pero no está cerrada en sí, sino que ofrece diversas posibilidades al hombre, y, cuando éste las asume, entra en una relación especial con ella. Retomemos el ejemplo del piano. De por sí, este es un mueble, por tanto un objeto, pero está configurado de tal manera que puede producir ciertos sonidos.

ESPACIO LAICAL

Cuando estas posibilidades sonoras son asumidas por un pianista, se convierte en instrumento. En cuanto fuente de posibilidades, constituye un "ámbito". Por eso puede el intérprete relacionarse con él de forma muy intensa e íntima, lo que no es posible nunca con un objeto.

2. Una realidad que, por ser corpórea, es "objetiva" -en el sentido indicado-, pero, al ser espiritual, abarca cierto campo: puede tomar iniciativas, asumir el pasado y proyectar el futuro, abrirse a otras realidades y crear con ellas diversos tipos de relaciones. Ejemplo de ello es la persona humana.

3. Las realidades que surgen como fruto del entrecruzamiento o interrelación de dos o más ámbitos. La unión, por ejemplo, de dos o más personas puede dar lugar a un encuentro: un diálogo, un canto en común, una vida de comunidad... Estas formas de encuentro han de ser consideradas como ámbitos de superior envergadura, realidades que "envuelven" de modo fecundo a las realidades que las constituyen. Así, el hogar es un ámbito constituido por dos personas -vistas como ámbitos-, a las que por su parte acoge y ampara espiritualmente. Un templo, visto como lugar sacro y no como mero edificio, no sólo implica un ámbito arquitectónico sino la vinculación de una comunidad orante y el Dios al que adora. Visto de esta forma relacional, el templo ejerce para los creyentes una función de hogar espiritual.

4. Las realidades que existen merced a la confluencia de realidades diversas -ambientales y objetivas-. Un trozo de pan presenta las características de un objeto -es delimitable, asible, pesable...-, pero no se reduce a objeto pues está elaborado con frutos del campo -trigo, maíz, centeno...-y estos son fruto de la confluencia del campesino, la tierra, el océano, las nubes, el agua, el sol... El pan aparece, así, como un "nudo de relaciones", un ámbito, no como un simple objeto



Martin Luther King, luchador por los derechos civiles, asesinado en Memphis, Tennessee, EEUU, el 4 de abril de 1968. En esta foto, Ralph Abernathy (en el centro) y Andrew Young (a la derecha) disponiéndose a cerrar su féretro.

Por su condición abierta y relacional, el concepto de ámbito resulta al principio un tanto difícil de captar. En este momento, ya conocemos varios tipos de ámbitos. Si ellos son realidades abiertas -por ser fuente de posibilidades para nosotros-, se comprende desde ahora que su conocimiento aquilatado resulta decisivo para comprender lo que es una realidad, como la humana, que se distingue por su carácter dinámico y creativo.

Tomado de Aproximación a la idea de la tolerancia e intolerancia (fragmento).
Curso de ética. Bioética. Catholic.net, 5-11-05.